



«¡Jack, soy yo..... soy Cecilia!»



XI

No vendrá.

—¡Vaya un dormilón!... ¡Vamos, “Once duplicado,” á despertarse!... La visita.

Jack abre los ojos, y lo primero que hiere sus ojos es la ropa, inmóvil y caída de la cama vecina.

—Vamos, que, según me han contado, famoso susto se ha llevado usted anoche!... Ese desgraciado que cayó sobre su cama de usted agitándose en la agonía... Comprendo que ha debido usted emocionarse mucho... Vamos á ver, álcese un poco que le examine... ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué débiles estamos!



Aquel que hablaba así era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, con una gorra de terciopelo, un gran delantal blanco, subiendo en punta hacia el pecho, barba rubia, y con la mirada penetrante y algo burlona. Reconoce al enfermo y le dirige algunas preguntas.

—¿Qué oficio tiene usted?

—Mecánico.

—¿Bebe usted?

—Antes.... Ya no bebo desde hace tiempo.

Un largo silencio.

—¿Cuál ha sido su vida, mi pobre amigo?

Y no añade más el médico, por miedo de asustar á su enfermo; pero Jack ha sorprendido en su fisonomía la misma curiosidad dolorosa, el mismo interés simpático que notó la víspera en el atrio de Nuestra Señora. Los internos rodean la cama. El jefe de servicio les explica los síntomas que ha observado en el enfermo. ¡Muy interesantes, según parece, y muy alarmantes, los tales síntomas! Uno por uno vienen los alumnos á darse cuenta de las observaciones del profesor. Jack presenta su espalda á todos aquellos oídos curiosos; y por fin, en medio de las palabras "inspiración, espiración, estertores sibilantes, crujidos en la cúspide y en la base, tisis aguda," comprende que su estado es muy grave, y tan grave, que después que dictó la receta el médico á un interno, acércase la hermana de la caridad á su cama, y despacito, discretamente, le pregunta si tiene una familia en París, alguien á quien avisar; si acaso espera visitas hoy, domingo. ¿Su familia? ¡Mire usted, ahí está! Son esos dos seres, un hombre y una mujer, que están al pie de la cama sin atreverse á acer-

carse, dos caras del pueblo, algo ordinarias y buenas, que le sonreían. No tiene más parientes que esos: no tiene más amigos. Son los únicos que nunca le han hecho daño.

—¡Hola! ¿Y qué tal vamos?... ¿Estamos algo mejor?, preguntó Belisario, á quien le habían dicho que el compañero estaba perdido, y que oculta sus ganas de llorar bajo un aspecto alegre.

Su mujer pone sobre la tablilla, junto á Jack, dos hermosas naranjas; y después de dar noticias del niño de cabeza gruesa, siéntase como en visita junto á su marido, que no dice una palabra. Tampoco Jack habla. Tiene los ojos abiertos y fijos. ¿En qué está pensando?... Sólo una madre puede adivinarlo.

—¡Diga usted, Jack! le preguntó de repente la señora de Belisario: ¿y si fuera yo á avisarle á su mamá?

Ilumínase su mirada apagada, y se fija, sonriendo, en la de la buena mujer aquella.... Sí, eso es lo que él quiere. Ahora que sabe que va á morir, olvida cuanto su madre le ha hecho. Necesita tenerla allí, estrechase contra ella. Y ya echa á andar la excelente mujer; pero el vendedor ambulante la detiene, y en voz baja ha lugar un conciliábulo muy animado al pie de la cama. El marido no quiere que vaya su mujer. Sabe que está enfadada contra la "hermosa señora," que detesta al hombre de los bigotes, y que si no la dejan entrar, va á gritar, á armar escándalo, ¿quién sabe? quizás la lleven á la prevención. El miedo hacia la prevención desempeña decididamente un gran papel en la vida de Belisario. La repartidora de pan reconoce la ti-



midez del vendedor ambulante, su facilidad en dejarse poner á la puerta de la calle.

—¡No, no! Está tranquila, esta vez la traigo, dijo él con una confianza enérgica, que logró comunicar á su compañera; y se va.

Llega rápidamente al malecón de los Agustinos; pero esta vez tiene menos suerte que la vispera.

—¿A dónde va usted?... le pregunta el portero que le detiene al pie de la escalera.

—A casa del señor D'Argenton.

—¿Es usted quien vino anoche?

—Sí, señor, contesta Belisario con la inocencia de su alma.

—Pues bien, es inútil que suba usted; no hay nadie... Están en el campo, y no vendrán hasta dentro de algún tiempo.

¡En el campo, con un tiempo semejante, con aquel frío, y la nieve! Parecíale eso inverosímil á Belisario. En vano insiste, en vano cuenta que el hijo de aquella señora está muy enfermo en el hospital. El portero se aprovecha de la historia pero no permite que el infortunado mensajero franquee siquiera la alfombrilla del pie de la escalera. Ahí tenemos á Belisario otra vez en la calle, desesperado. De repente, ocurresele una idea sublime.

Nunca le contó Jack lo que pasó entre los Rivals y él; lo único que le dijo es que ya no se casaría. Pero ya en Indret, y sobre todo en París desde que viven juntos, varias veces se ha hablado entre ellos de la bondad del viejo médico. ¡Si fuera Belisario á buscarle para llevar al lecho de muerte del pobre compañero una simpatía, un rostro amado! Dicho y hecho. Se

va á su casa y coge el cesto de los sombreros, pues nunca viaja sin él, y ya está andando, tiritando y encorvado, por la carretera de Etiolles, en donde le encontró Jack por vez primera. ¡Ay! Ya hemos visto lo que le esperaba al cabo de aquella larga carrera.

Durante aquel tiempo, la señora de Belisario, que continuaba junto á su amigo, ya no sabe qué pensar de aquella prolongada ausencia, ni cómo calmar la inquietud del enfermo, presa de gran agitación al figurarse que va á ver á su madre. Y lo que aumenta todavía esa excitación, es la muchedumbre que acudé los domingos á los hospitales. Desde la calle, desde el pie de la escalera, oyesé un barullo, un vaivén, que los patios sonoros y los pasillos prolongan y destacan más. A cada momento, ábrese la puerta y acecha Jack la entrada de los visitantes. Son éstos obreros, burguesillos decentemente vestidos que circulan por las salas, hablan con los enfermos á quienes han venido á ver, los animan, tratan de hacerles sonreír con una anécdota, un recuerdo de familia, un encuentro en la calle. A veces ahóganse las voces en medio de lágrimas, haciendo los ojos esfuerzos para permanecer secos. Hay palabras torpes, silencios penosos, todo el malestar, todas las reticencias cuando cae la palabra desde una boca sana sobre la almohada de un moribundo. En vano escucha Jack ese suave murmullo de voces, por encima del cual se esparce un aroma de naranjas. Pero ¡qué desencanto á cada nueva visita, cuando, después de haberse alzado un poco, agarrándose al palillo colgado de una cuerda por encima de sus manos, ve que no llega aún su madre y cae más rendido, más desesperado que nunca! Como en todos los que van á morir, el poco de



— vida que le queda, ese hilo tan fino que va adelgazándose cada vez más, demasiado frágil para sujetarle á los años robustos de la juventud, le trae á las primeras horas de su existencia. Tórnase niño. Ya no es el mecánico Jack, es el pequeño Jack (con k), el ahijado de lord Peambock, el rubillo vestido de terciopelo, el hijo de Ida de Barancy que espera á su madre...

— ¡Nadie!

Y sin embargo, ¡vaya si viene gente!, mujeres, niños, chiquitillos que se detienen sorprendidos viendo la delgadez del padre, su capote de convaleciente, y lanzan gritos de admiración ante las maravillas del altarcito, costándole mucho trabajo á la religiosa el contener aquellas exclamaciones. Pero la madre de Jack no viene. La repartidora de pan no sabe ya qué decirle. Ha agotado todos sus recursos, la enfermedad de D'Argenton, el domingo que anima para ir á pasearse; ahora ya no sabe qué decir, y para hacer algo, ha puesto un pañuelo de hierbas sobre las rodillas, y monda despacio las naranjas.

— No vendrá... dice Jack, como decía antes en la casita de Charonne. Sólo que su voz es más nerviosa, más agitada que aquella noche, y halla, aunque está muy débil, acentos de cólera: “¡Estoy seguro de que no vendrá!”

Y el desgraciado cierra los ojos en medio de un supremo cansancio; pero es para meditar sobre otras penas, para recoger en su espíritu todos los restos de su amor, para llamar “¡Cecilia... Cecilia!” sin que ese grito salga de su boca muda. La religiosa se ha acercado al oírle gemir, y pregunta en voz baja á la mujer

de Belisario, cuya ancha cara está reluciente de lágrimas:

— ¿Qué tiene este pobrecito?... Parece ser que está peor.....

— Es su madre, hermana, es su madre que no viene..... La espera.... ¡Y eso le deshace, le roe al infeliz!

— Habría que avisarla en seguida.

— Ya ha ido mi marido. Pero es una hermosa señora. Sin duda teme mancharse el vestido en el hospital....

De repente, levántase en un arranque de ira.

— No llores, amigo mío, dijo ella á Jack cual si hablase á su niño; voy á buscártela, á tu mamá.

Jack ha oído que se iba, pero continúa repitiendo con voz ronca y fija la mirada en la puerta:

— ¡No vendrá... no vendrá!.....

— ¡Vamos! Hijo mío, cálmese....

Entonces se incorpora terrible, y preso de una especie de delirio:

— Le digo á usted que no vendrá.... No la conoce usted: es una mala madre.... Todo cuanto lúgubre hay en mi vida, á ella se lo debo. Mi corazón no es sino una llaga de todas las heridas que ella me ha hecho. Cuando fingió el otro estar enfermo, acudió en seguida á él, y ya no le ha abandonado.... Pero yo me muero, y no viene.... ¡Oh! ¡Qué mala madre, qué mala madre! ¡Ella es quien me ha matado y no quiere verme morir!

Rendido por aquel esfuerzo, dejó Jack caer su cabeza sobre la almohada; y la religiosa permaneció inclinada sobre él para consolarle, calmándole, en tanto que el día de invierno, rápido y sombrío, terminaba, apagán-



dose lúgubrementemente en un crepúsculo amarillento, cargado de nieve.

Carlota y D'Argenton bajaban de un coche en el macelón de los Agustinos. Volvían del concierto popular, de gran etiqueta, con pieles, guantes claros, terciopelos y encajes. Ella estaba loca de contento. ¡Figúrense ustedes que acababa de ostentarse en público con su poeta, y ostentarse bonita como lo estaba aquel día, con la tez avivada por el frío, envuelta en ese lujo del invierno, en que la belleza de la mujer toma el aspecto delicado, brillante, de una joya protegida por el fino algodón en rama del estuche! Una mujer del pueblo, alta, robusta, que acechaba delante de la puerta, se abalanzó sobre ella al pasar.

—¡Señora, señora!... Hay que venir en seguida.

—¡La señora de Belisario!... dijo Carlota palideciendo.

—Su hijo de usted está muy enfermo.... La llama á usted..... Venga usted.

—¡Pero esto es una persecución!, dijo D'Argenton. Déjenos usted pasar.... Si el señor ese está enfermo, pues le mandaremos nuestro médico.

—¡Si lo que le sobran son médicos! Está en el hospital.

—¿En el hospital?

—Sí, allí está por ahora; pero no estará mucho tiempo, se lo prevengo á usted... Si quiere usted verle, hay que darse prisa.

—¡Venga usted, venga usted, Carlota; eso es una mentira!... Hay un lío en ese cuento.... decía el poeta tratando de llevársela hacia la escalera.

—Señora, su hijo de usted va á morir.... ¡Dios de

Dios, y que haya mujeres así!

Carlota no pudo resistir más.

—Lléveme usted, dijo.

Y las dos mujeres echaron á correr por el muelle, dejando á D'Argenton estupefacto y furioso, convencido de que era aquello una farsa de su enemigo.

En el momento de abandonar el hospital la repartidora de pan, dos personas penetraban allí, presurosas, inquietas, en el tumulto de la muchedumbre que principiaba á retirarse: una joven y un anciano.

—¿En-dónde está?... ¿En dónde está?....

Un rostro divino se inclinó sobre el lecho de Jack:

—¡Jack, soy yo.... soy Cecilia!

Ella es, ella es. He ahí su cara pura, pálida por las vigiliadas y las lágrimas; y esa mano que él tiene cogida en la suya, es esa manita bendita que tanto bien le ha hecho en otro tiempo, y que, sin embargo, lo ha conducido á donde está; pues tiene á veces el destino crueldades de esas hiriéndonos de lejos por manos de los mejores, de los más queridos. El enfermo abre y cierra los ojos para asegurarse de que no sueña. Cecilia continúa allí. Jack oye su voz de oro. Ella le habla, le pide perdón, explica por qué le ha causado tanta pena.... ¡Ah! Si hubiese podido sospechar que sus dos sinos corrían pareja.... Y mientras hablaba, un gran sosiego descendía en el corazón de Jack, ahuyentando la ira, la amargura, el sufrimiento.

—¿De modo que sigue usted amándome?

—¡Nunca he cesado de quererle á usted, Jack!....

¡Nunca amaré á otro!

Cuchicheada en aquella estancia anónima, que tan asmuertes lúgubres había visto, aquella palabra "amar"



tomaba una dulzura extraordinaria, como si alguna paloma perdida se hubiese refugiado entre los pliegues de aquellas cortinas de hospital.

—¡Qué buena es usted, viniendo á verme, Cecilia! Ahora ya no me quejo. No me importa el morir aquí, al lado de usted, reconciliado.

—¡Morir! ¿Y quién habla de morir? decía el señor Rivals con voz henchida de emoción.... No tengas miedo, hijo mío, ya te sacaremos de ésta. Ya no tienes la misma cara que cuando venimos.

Desde hacía un momento, en efecto, estaba Jack transfigurado por aquella subida de llama, aquella luz de poniente que las existencias ó los astros que desaparecen proyectan en torno suyo en un último y espléndido esfuerzo.

Conservaba contra su mejilla la mano de Cecilia, descansando sobre ella con amor y diciendo cosas en voz muy baja:

—Todo cuánto me faltaba en la vida, usted me lo ha dado. ¡Ha sido usted todo para mí: mi amiga, mi hermana, mi mujer, mi madre!

Pero á su exaltación sucedió pronto un letargo inerte, y al color de sus mejillas, livideces fatales. Señaláronse entonces todos los estragos del mal en aquellas facciones algo crispadas por la dificultad de la respiración, que salía como un silbido. Cecilia lanzaba á su abuelo miradas de espanto, la sala se llenaba de sombra, y el corazón de los que aquello presenciaban se estrechaba, sintiendo acercarse algo más lúgubre, más misterioso que la noche. De repente trató Jack de incorporarse, con los ojos abiertos de par en par:

—Escuchen..... escuchen..... alguien sube.....  
Ya viene.

Oyóse el viento de invierno en las escaleras, los últimos murmullos de una muchedumbre que se dispersa, y lejanos ruidos de coches en la calle. Dos mujeres subían precipitadamente la escalera. Las habían dejado entrar, aunque ya había pasado la hora de visitas. Hay casos en que las consignas deponen su rigor. Al llegar á la puerta de la sala de San Juan, después de aquellos patios, aquellos pisos recorridos con paso rápido, Carlota se detuvo:

—¡Tengo miedo!.... dijo.

—¡Vamos, vamos! es preciso..... dijo la otra....  
¡Señora, las mujeres como usted no deberían tener hijos!

Y la empujó brutalmente delante de ella. ¡O! Aquella gran pieza desnuda, con las lamparillas encendidas, con todos aquellos fantasmas arrodillados, proyectándose la sombra de las cortinas.... Ida vió todo aquello con una ojeada, y allá, allá en el fondo, una cama, dos hombres inclinados, y Cecilia Rivals de pie, tan pálida como una muerta, tan pálida como aquel cuya cabeza sostenía ella en su mano, apoyada sobre la almohada.

—¡Jack, hijo mío!

El Sr. Rivals se volvió.

—¡Silencio!, dijo.

Escuchaban. Hubo un murmullo que apenas se distinguía, un ligero silbido quejumbroso, y luego un gran suspiro.

Carlota se acercó, desfallecida y temerosa. Era su Jack, aquel rostro inerte, aquellas manos alargadas,



aquel cuerpo inmóvil, en el que su mirada desesperada buscaba la ilusión de un aliento de vida.

El doctor se inclinó:

—Jack, amigo mío, es tu madre. . . . Ha venido.

Y ella, la desgraciada, con los brazos tendidos, á punto de echarse sobre él, exclamó:

—Jack. . . soy yo. . . aquí estoy.

Ni siquiera un movimiento.

La madre lanzó un grito de espanto:

—¿Muerto?

—No. . . . dijo el viejo Rivals con voz ronca. . . .  
no. . . . “¡Libertado!”

FIN



